

La competencia

■ ■ Amador Peña Chávez*

A Georgina García Velarde

Les comparto este relato dedicado a quienes tienen tiempo para leer, les gusta la lectura, a los desvelados, insomnes, jubilados, gente sin quehacer, a los que leen en el baño o en lugares insólitos y a mi amiga Gina a quien lo dedico. Por cuestiones de estrategia lectora de un servidor, no tiene un final claro. Reto: Usted tiene la oportunidad de darle un final.

A la cancha, ordenó el profesor Nicolás Abúndiz, y el pequeño grupo de chiquillos con gran alborozo corren hacia el fondo de la pequeña escuelita de aquella comunidad olvidada. Dicha cancha, no era otra cosa que un terreno baldío marcado con cal y dos porterías de palo de quiote, mismo que cuando los niños jugaban le sacaban una verdadera polvareda y la inundaban con su entusiasmado barullo.

Apoyado en sus muletas, Rafael Galicia dando saltos con ellas impulsado con su cuerpo y la pierna menos peor, blandiendo la otra como una suelta hilacha, trató infructuosamente de alcanzarlos, cuando al fin llegó a los límites del pequeño campo, sus compañeros ya habían formado los dos equipos correspondientes, el azul y el rojo, entonces jadeando por el esfuerzo se sienta en un pequeño montículo desde donde los observa impotente y triste por no estar en medio de ellos.

Abúndiz les había inculcado siempre a sus alumnos consideraciones para Galicia, tenerle paciencia, por su problema requería más que apoyo, comprensión de todos, fuera de eso no requería de mucha, pues era dedicado, además destacaba por su

desbordante creatividad en trabajos de madera y de yeso que nadie le igualaba.

—Y no ha oído cantar a Rafita —indicó una vez Jesús María “Chuyma” Galván, líder del grupo y buen muchacho quien siempre estaba pendiente de su infortunado compañero, mientras prosiguió:

—No'mbre profe, canta igualito que Pedro Infante. A ver, Rafa, échate “Ando volando bajo” pa' que oiga el maestro. Rafael Galicia bajó la cabeza sonrojada, mostrando evidente modestia.

El docente seguro de que no había ninguna malicia en la petición del inquieto cabecilla del grupo por aquello de “ando volando” cortó la charla.

—Sería muy bueno que participara en el viernes social, ¿qué les parece?

Sin esperar respuesta sigue la clase.

Rafita se había ganado el cariño de todos y Jesús María siempre buscaba la oportunidad de que aquel se luciera en cualquier cosa, por más pequeña que ésta fuera a la que desbordado de cariño exageraba y la hacía patente a todo el grupo.

El maestro Abúndiz, vivía en la cabecera del municipio, algo retirada de la comunidad donde prestaba sus servicios. Para llegar a ella era conducido en un viejo camión con muchos achaques mecánicos que en ocasiones involuntariamente le hacía llegar algo retardado, por tal razón pidió muy encarecidamente a los pupilos, que si tocaba la campana de entrada se

* Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista *Crónicas del Camino Real* del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado.

reunieran fuera de su salón y no hicieran desorden.

—Póngase a revisar sus tareas o a leer un poco mientras llego— les recomendó desde el inicio del año muy formal.

Quinto grado, por ser el más numeroso, estaba designado en el salón más grande de la escuela, separado un poco de ella y como se había construido en la parte baja se erigía sobre una enorme base con escalones que le servían de banquetta. Allí los niños se sentaban procurando cumplir las indicaciones del maestro. Cuando éste llegaba, lo rodeaban con júbilo y le narraban los sucesos cotidianos acontecidos entre ellos.

—¿Qué cree profe? —le suelta Chuyma ganándole el comentario a los demás— jugamos pa' ver quien leía más rápido y ¿quién cree que nos ganó?

—¿Quién? —pregunta el maestro, mientras abre el viejo candado de la puerta principal e ingresa con los niños en el aula.

—Rafita.

—Qué bueno —completa Abúndiz con un tono aleccionador.

—Eso demuestra que Rafael es dedicado y practica como es debido la buena lectura.

En otra ocasión el maestro encuentra que Graciano doblada una pierna sobre la espalda mientras la sostenía con una de sus manos y corría hasta la cerca con Rafael Galicia.

—¿Qué pasa ahora?— les cuestiona al no entender la rara travesía, a lo que Chuyma le responde de inmediato:

—Jugamos unas carreritas, lo hacemos así pa' estar parejo con Rafita.

—Me parece muy justo, —añade reprendedor— pero en las tareas cómo andan.

—¡Profe, profe! —le grita Ordóñez sudoroso cierta mañana— competimos en unas vencidas y quién cree que nos ganó a todos, bueno, hasta a dos de sexto que iban al baño.

—¡Pos Rafita! —exclama Jesús María desde su mesa banco.

—Eso nos enseña que al carecer de algunas facultades el hombre tiene la posibilidad de desarrollar ampliamente otras. Culmina muy didáctico.

Aquel viernes, el camioncito que transportaba al maestro rural Nicolás Abúndiz, para variar, sufrió un desperfecto por lo cual llegó media hora después de la campana, pero su grupo, aunque con menudo bullicio, lo aguardaba en la ancha banquetta frente a su humilde aula con un tema centrado en la tarea; ésta había consistido en investigar con sus padres las enfermedades más sobresalientes que había padecido desde pequeños hasta la fecha. Al acercarse al entretenido grupo de niños Jesús María le exclama entusiasmado:

—Profe, jugamos a ver quién había tenido menos enfermedades y que cree, Galindo tuvo rubiola, sarampión, tos ferina, chorrillo prieto, viruela, gripa, paperas, varicela, cizotes y mal de ojo —suelta Chuyma aquella lista casi sin respirar. Yo tuve nomás tres, pero, ¿quién cree que nos ganó?

—¿Quién? —pregunta sorprendido el maestro mientras todas las miradas se dirigen al de las muletas que estaba al centro del grupo.

—Rafita profe, el nomás tuvo una, ¿poli... poli... poli qué, Rafita?

—Poliomielitis —responde el niño apoyándose más fuerte que de costumbre en sus muletas.

Al maestro Abúndiz se le nublo la vista por dos lágrimas que intentó ocultar abriendo el viejo candado de la puerta del salón. Su noble corazón, comprendía de antemano la ternura y la inocencia de sus niños.

Como un fuerte nudo le apretaba la garganta les indicó con su mano que pasaran y se sentaran en sus bancas, él también tomó asiento en su viejo escritorio, buscó a ciegas en el interior su portafolio su inseparable vademécum porque su mirada se había detenido en aquellas muletas recargadas a un lado del pupitre de Rafael Galicia quien lo observaba con una mirada dulce y esperanzadora, le intenta sonreír mientras ordena:

—Pues bien, saquen su cuaderno de Ciencias Naturales.